

tán vistos a través del temperamento profundo y original de Pareja Diez-Canseco. Es el más implacable y el menos fetichista de sus escritores. No tiene ni el fetichismo del detalle excesivo ni el fetichismo patriotero de ocultar las lacras nacionales.

Ojalá que los escritores logren lo que no han conseguido los políticos del Ecuador: rectificar los errores sociales que han acumulado tanta miseria y tanta violencia. Porque, en último término, tan vigorosa novela está desmostrando, como las de Icaza, de la Cuadra, Aguilera Malta y Gil Gilbert, que los problemas económicos y de toda índole son enormes en la nación de Montalvo y de Alfaro.

La realidad chola no huele a ámbar. Es un conjunto de instintos y de promiscuidades terribles. Pero, como compensación y como elemento psicológico notable, debemos advertir que estos mestizos no son pesimistas y afrontan la vida con un denuedo formidable. Lo que significa muy a las claras que en el Ecuador hay enormes fuerzas dormidas y que el cholo, disciplinado y regenerado, puesto al servicio de la producción y del trabajo, educado y dignificado, puede ser un magnífico sustento de su porvenir.

*Baldomera* sugiere estas y otras observaciones. Y ello no es poco en una novela que hierve de vida y que confirma el prestigio de su aventajado autor.—RICARDO A. LATCHAM.



LA CIUDADELA, por el Dr. A. J. Cronin.

Es un libro de tema médico, este del Dr. Cronin. «La Ciudadela» es la conciencia. Su fin: la rectitud profesional.

Un joven médico, Andrés Manson, llega a Blaenelly, pequeño villorrio minero sumido en la tristeza de los valles del Sur. Acaba de recibirse y la vida se le presenta envuelta en

uces y sombras. Todos hemos tenido esa experiencia, cuando la vida parece detener su marcha como un viejo caballo cansado y mirar atrás; el conductor suelta las riendas, se encoge de hombros y también mira atrás; pero no hay nadie en la carretera, y los caminos que se abren delante tampoco llevan ninguna indicación. Es lo que sentimos al salir del colegio, y más tarde, al cruzar la puerta de la Universidad con un flamante diploma bajo el brazo. Se diría que el curso lógico y sabio de los estudios se interrumpe bruscamente, borrando toda proporción entre los esfuerzos y angustias que fué preciso sobrellevar para alcanzar el triunfo, y este triunfo que ahora, ya logrado, sólo sirve para obscurecernos el porvenir. La verdad es que la vida puede ser solícita para el que estudia y se desarrolla al margen de ella. Desde luego, pone en manos del estudiante encerrado en las aulas todo el material necesario para el triunfo. El único obstáculo está en sí mismo; si estudia y persevera llegará a la meta, seguramente; no hay otro obstáculo que su propia pereza; la tempestad de «afuera» está sólidamente contenida por el dique de los muros que rodean la Casa del Espíritu. Una vez salido de allí, desaparece el factor *hombre* y comienza el *obstáculo social*. El sabio estudiante ya no puede hacer valer sus conocimientos, sino su destreza para luchar con el medio ambiente. Este se alza como un talud infranqueable. La sociedad no quiere aceptarlo: es «nuevo», es «otro más» en el carro que se hace estrecho para tantos ocupantes. El «hombre» que busca su situación es una especie de toxina que el organismo social rechaza y que trata de eliminar lo más pronto posible. A menos que termine por asimilárselo. Entonces procura hacerlo en el tejido más humilde, como un simple desecho orgánico.

Doctor Manson fué asimilado gracias a un aviso del *Lancet*, la gaceta médica. Había para él una ayudantía en un pueblo perdido de Gales del Sur. El hombre pletórico de ciencia

debía *volver atrás*, ser un subalterno de un pobre médico viejo, ignorante y paralítico.

Hay en el libro del Dr. Cronin una enorme experiencia, y es ella tan viva tan «vívida» que llegamos a preguntarnos, a veces, si puede haber Arte en un libro que apasiona sobre todo por el relato auténtico de una existencia movida y azarosa.

Sin embargo, allí están la casa de la señora Page, el pueblecito barroso y negro de antracita, las calles interminables, con sus casitas de obreros, las capillas de Zión y Bethesda, la horrible alcantarilla insalubre, la Gran Cooperativa y la sucursal del Wester Counties Bank con su cajero viejo y prudente. Allí está Jenkins, el boticario complaciente y sus farmacopeas obscuras y sus remedios absurdos en ese viejo rincón de tablas y frascos sucios. Allí está, sobre todo, admirablemente delineada, la figura interesante de Denny, que cobrará prestigio a través del libro y contribuirá para el desenlace final: la *conversión* de Andrés Manson. Porque Andrés saldrá de Blaenelly y de subida en subida, comprenderá que una cosa es la ciencia y la honradez y otra cosa es el triunfo, tal como los hombres lo piden y lo otorgan. De ascenso en ascenso, llegará a Aberlaw, una pequeña ciudad, y luego, Londres. El autor, con una pericia admirable de psicólogo, nos irá mostrando gradualmente la evolución lógica que la vida va imponiendo a este hombre. Paso a paso veremos las resistencias y los triunfos que la sinceridad y la rectitud pueden otorgar al hombre de bien. Nos mostrará también, cómo estos triunfos están en el plano moral y cómo la miseria sigue rondando en torno al profesional que actúa dentro de su «ciencia pura».

Y vendrá la derrota... o el triunfo según sea el valor moral del que lo juzgue. Manson será célebre, rico, cultivado y ¡por fin! amparado por la sociedad. Traducido al lenguaje moral, esto significa que Manson ya no investiga, no analiza a sus pacientes, no vacila en traficar con los específicos. Manson

ya ha sido asimilado como *substancia útil*, por el cuerpo social ya no posee la *toxina del bien*.

Pero Manson es casado. Cristina, una humilde e inteligente profesora de escuela que conoció en Blaenelly, es su ángel tutelar, el invariable, el eterno, el moderador de la vida. Más todavía que compañera, Cristina es la oculta instigadora de las iniciativas y la tierna enfermera de los fracasos, y, por sobre todo, el pendón del ideal, de la rectitud: la mujer, en una palabra cuando ésta es la verdadera, la que ha merecido llevar ese nombre augusto.

Y Doctor Manson comienza a luchar nuevamente. Primero, contra ella misma, debido a esa extraña manía suicida que hace que los hombres se encarnicen primeramente con sus salvadores. Esa lucha, Cronin la relata en forma patética, profundamente humana. Después viene la venganza del ambiente condensada en un célebre proceso lleno de sugerencias sobre el porvenir de la medicina. Hay en todo esto algo muy hermoso y consolador, pero que coloca a este libro dentro de aquéllos «que terminan bien». En la vida, desgraciadamente, casi nunca ocurre así; por lo menos en una vida que no es inglesa. La formación cristiana-evangélica de *todo* un pueblo puede permitir esos milagros que nos están vedados en nuestros ambientes prácticamente paganizantes. Como sea, «La Ciudadela» es una buena novela sin artificios; tal vez demasiado simple, literariamente hablando. Debe ser considerada, sobre todo, como un documento humano. Allí reside su valor principal. Ningún médico debería ignorarla: es su profesión de fe. Los pacientes no deberían leerla jamás: podrían agravar sus males y perder esa fe en el médico de la cual dependen las tres cuartas partes de la curación. Ya es tiempo que nos convenzamos de ello: fe es salud. Hay toda una categoría de neurosis que son una falta de confianza en sí mismo y en los demás; en el médico, principalmente. Y esto nos lleva, desde luego a considerar la importancia que tiene para el correcto ejercicio

de la medicina, el concepto moral que de ella ha de formarse el que la ejerce. Nos hemos acostumbrado a creer que la medicina es una profesión como las demás: arquitecto, abogado o ingeniero. En realidad difiere esencialmente. Es ella una profesión espiritual tanto como científica; una *vocación* como podría serlo el sacerdocio. No todos están llamados a ejercerla, por lo menos en lo que se refiere a la clínica. En buena hora se refugien los sabios en la cátedra, si no tienen el coeficiente necesario de humanidad para ser el sostén moral de su enfermo. Y aun así, ¿podrá el hombre ser eficiente en algo si no ha nacido para el trato íntimo y fraternal con el hombre?

El libro de Cronin nos revela desde luego algo muy importante: el médico es un estudiante eterno, un eterno investigador y curioso del aporte humano, o es solamente un comerciante, una lacra social. Hay profesiones en que se puede aspirar, en primer término, a una situación personal, sin grave perjuicio para la profesión misma: las mezclas de un edificio pueden alterarse ligeramente—bien lo saben los arquitectos—o las maderas de las puertas pueden no ser tan finas, sin que esto conduzca necesariamente a una catástrofe. El médico inescrupuloso, en cambio, no puede actuar comercialmente sin caer en un grave delito, incluso el homicidio. Estos delitos sin sanción, más graves todavía por este hecho, que los errores de las «meicas» y charlatanes (adviértase que estos últimos tienen el buen criterio de no recetar nunca un Digital, una Coramina, o un Cardiasol a destajo) los estamos viendo con demasiada frecuencia en los consultorios, donde los pacientes acuden en tan gran número que es imposible un diagnóstico serio. Los exámenes incompletos; las intervenciones quirúrgicas sin los análisis previos del estado general; los tratamientos desordenados sin una información de la historia completa del paciente; los diagnósticos sin desvestir al cliente, son un peligro serio que dejan sin defensa al enfermo, ya que los tribunales son incompetentes para aplicar una pena en estos casos.

Y qué diremos de los abusos, las enfermedades sin peligro inmediato que algunos médicos prolongan voluntariamente para obtener un honorario mayor. Luego, los neurópatas—las dos terceras partes de la clientela—que los médicos ignoran (la ignorancia psicológica y psiquiátrica de los no especializados es pavorosa) o que explotan, y a quienes hacen sufrir por años las más terribles torturas, que con un sedante o una conversación adecuada podrían aliviar. Hay trastornos vago-simpáticos que pueden simular todas las afecciones posibles, evidenciables solamente después de un maduro examen ¿Podrá descubrirlo el médico que atiende 40 pacientes de 2½ a 5 de la tarde, en el desfile sin provecho—pero remunerador—de su consultorio? Y qué decir de los cientos de aparatos eléctricos «último modelo», todos de gran costo y brillantes níqueles y cromos, pero de una perfecta inutilidad? ¿Y las drogas, que son un crimen social y autorizado por respetadas firmas que venden el derecho a una etiqueta por millones de pesos? La verdad es que son pocos, muy pocos, aunque suficientes, los medicamentos que tienen una acción efectiva sobre el organismo, y son generalmente los más baratos... Los demás se dividen en tres categorías: los que hacen gastar dinero; los que intoxican, o los que divierten al paciente durante el tiempo que se necesita para que la naturaleza lo sane. *On guérit malgré le médecin*, me decía un gran facultativo francés. El papel del médico no debe ser el de un curandero, sino el de un amigo experimentado; alguien que debe conocernos mejor que nosotros mismos y poner en juego su serenidad afectuosa junto con su vigilancia sabia.

Sin duda, a medicina es una vocación, y a Dios gracias, hay apóstoles entre los médicos. Desgraciadamente, los que no lo son bastan para hacer más daño que todos los otros juntos.

El libro del Dr. Cronin, después del admirable libro del Dr. Carrel, viene a presentarnos en una forma novelada, esta vez, y llena de méritos literarios estos puntos serios para someter-

los a nuestra reflexión. Sin embargo, no nos dejemos llevar por un excesivo celo por la medicina, y confesemos al final de este comentario que «La Ciudadela» encierra—unidos a una justa crítica—primores de descripción y de fino análisis de los ambientes. Veamos, entre otros, este «interior de hogar», el delicioso *home* del impetuoso dentista Con:

«Había en esta familia, a excepción tal vez de la huraña y reflexiva María, una despreocupación alegre que entusiasmó a Andrés. La misma pieza hablaba con una llamativa jerigonza. En el fuego, debajo del retrato en colores de Pío X, adornado con una hoja de palma bendita, se estaban secando los pañales de la guagua. La jaula del canario, sucia, pero pletórica de trinos, estaba sobre el aparador junto al corsé de la señora Bolland—se lo había quitado por comodidad—y un paquete roto de galletas. Sobre la cómoda había seis botellas de cerveza recién traídas del almacén, al lado de la flauta de Terencio. Y en un rincón había juguetes quebrados, zapatos *guachos*, un patín mohoso, un quitasol japonés, dos desencuadernados libros de oraciones y una fotografía.

Pero, mientras se tomaba su té, Andrés quedó en grado sumo, fascinado por la señora Bolland. Sencillamente no podía apartar los ojos de ella. Pálida, soñadora, impertérrita, bebía silenciosamente interminables tazas de té cargado, en tanto que los niños reñían en torno suyo y el bebé chupaba desembozadamente el alimento de su generosa fuente. Ella reía, cortaba pan para los niños, servía té, bebía y amamantaba, todo con una especie de placidez distraída, como si los años de hollín, de polvo y de mugre y la efervescencia de Con—la que hubieran elevado al fin a un plano de locura celestial en que estuviera aislada e inmune».

Este pasaje justifica un libro y nos da una muestra de la sensibilidad de su autor; excesiva, sin duda, para poder ser un médico tan bien adaptado como los demás.—BENJAMIN SUBERCASEAUX.